

Concluyendo el proyecto de la modernidad. Lo nuevo y lo viejo en los «nuevos» movimientos sociales.

JUAN JOSÉ SICILIA
(U.N.R.)

Resumen:

Discusión del supuesto ampliamente compartido, tanto por partidarios como por detractores, de la "novedad" fundamental de los denominados "nuevos movimientos sociales" respecto a los ya institucionalizados hacia mediados de siglo. Para ello el autor plantea la necesidad de situarlos en la larga duración de la politicidad moderna remontándonos al siglo XVIII cuando se constituye un nuevo repertorio de protesta a cuya tradición, pretende mostrar, pertenecen aquellos. En especial intenta señalar, contra la autopercepción de sus miembros así como de los análisis predominantes, el lugar central que sigue ocupando el Estado como (re)ordenador de la sociedad en estos nuevos movimientos sociales cuyos objetivos, al apuntar a una drástica transformación de las pautas de la vida cotidiana, exceden ampliamente las débiles capacidades organizativas de que disponen para enfrentar la fuerte resistencia que emana principalmente de una cultura hegemónica o mayoritaria fuertemente arraigada en costumbres y sensibilidades.

Palabras clave:

Nuevos movimientos sociales - políticas de identidad - lucha simbólica - Estado - esfera pública.

Abstract:

Discussion of the broadly shared supposition, ace much for partisans ace for detractors, of the novelty of those denominated "new social movements" regarding those already institutionalized toward half-filled of century. For it the author outlines the necessity to locate them in the long duration of the modern politicity going back to the XVIII century when a new protest repertoire is constituted to whose tradition, seeks to show, they belong those. Especially he tries to point out, against the self perception of their members as well as of the predominant analyses, the central place that continues occupying the state as reorganizer of the society in these new social movements whose objectives, when pointing to drastic transformation of the pattern of the daily life, exceed the weak organizational capacities thoroughly that they prepares to face the strong resistance

SICILIA, J. «Concluyendo el proyecto...»

that emanates mainly of to hegemonic or majority culture strongly ingrained in custom and sensibilities.

Key Words:

New social movements – modern protest repertoire – political of identity – symbolic fights – State – public sphere – minimum society – politization – community – comunitarism.

De las turbulentas sectas de la América colonial a los conflictos regionales y los movimientos secesionistas de la primera mitad del siglo XIX, de las campañas abolicionistas, las manifestaciones a favor de los derechos de la mujer y las controversias en torno a las políticas de inmigración de la última mitad del siglo pasado a las disputas del presente siglo en torno a la discriminación, a las prerrogativas sexuales y al régimen bilingüe en la escuela pública, una parte importante de la política de los Estados Unidos se ha articulado alrededor de las diferencias de raza, género y cultura.¹

El auge del neoliberalismo como dóxa de un desencantado fin-de-siécle ha tendido a operar una exaltación de la sociedad civil —o de la sociedad a secas— como motor de la historia y último reducto de la libertad sólo comparable a la paralela defenestración del Estado de su status de encarnación de la razón en la historia al de obstáculo al progreso y enemigo de la libertad o, en el límite, de cadáver del “dios mortal” que una vez fuera. En el proceso no sólo se ha olvidado la advertencia de un liberal irreprochable como J. Stuart Mill acerca del carácter más peligroso de la tiranía de la sociedad (a través de la opinión, devenida en “control social” en la literatura sociológica) que la que pudiese ejercer el Estado sobre el individuo, sino que se ha sucumbido a la astucia del Estado que nunca ejerce una dominación más efectiva que cuando consigue convencernos de su muerte... Esto se pone de manifiesto claramente en aquellos discursos que creen poder caracterizar a los movimientos “sociales” (sobre todo a los denominados “nuevos”) con prescindencia de aquél. Creemos que sólo una correcta apreciación del rol que ha jugado el Estado respecto a los denominados nuevos movimientos sociales podrá contrarrestar la creciente y desvergonzada apropiación de aquellos por parte del discurso neoliberal. Esperamos contribuir a ello.

El presente ensayo apunta pues a someter a discusión la tesis —compartida tanto por adherentes como por detractores— de la novedad de los “nuevos” movimientos sociales, novedad que diversos autores han cifrado en rasgos distintos pero que podría resumirse, siguiendo a C. Offe y R. Inglehart, en la combinación de valores posmaterialistas, ideologías y actitudes participativas, formas no convencionales o no institucionales de acción colectiva, politización de elementos de la esfera privada y una base social posclasista que incluiría tanto elementos de las clases medias profesionales, como de sectores ajenos al mercado (estudiantes, amas de casa, jubilados).² Como veremos, este último es el único

¹ WOLIN, Sheldon “Democracia, diferencia y re-conocimiento.” en *La Política*, n°1, Barcelona, primer semestre 1996, p. 151. El autor agrega que pese a esa proliferación de las referencias a la diferencia hasta hace poco tendría escaso efecto en el vocabulario conceptual de la teoría política que las reducía al status de intereses particulares... Cabe acotar que si bien la cita hace referencia al caso norteamericano puede aplicarse también a la Europa Occidental aunque aquí los conflictos de clase ocultasen durante mucho tiempo esos otros aludidos por Wolin.

² OFFE, Claus “Los nuevos movimientos sociales cuestionan los límites de la política institucional.” en *Partidos políticos y nuevos movimientos sociales*. Ed. Sistema, Madrid, 1992[1988] e

factor de los aducidos verdaderamente novedoso... Para evaluar la relativa "novedad" de cada uno de estos elementos sostendremos la necesidad de situarnos en una perspectiva temporal más amplia que la delimitada por los autores, la cual suele restringirse al período comprendido entre la segunda posguerra mundial y la actualidad, extendido ocasionalmente hasta fines del siglo pasado; en su lugar proponemos situarlo en la larga duración de la politicidad democrático-liberal abierta con las revoluciones del siglo XVIII, momento en que emerge lo que Charles Tilly denominara "repertorio de protesta moderno" que, creemos, atraviesa tanto los "viejos" movimientos sociales como los "nuevos". Por otro lado, sostendremos que la problemática de los "nuevos" movimientos sociales no puede desvincularse del actual debate (no sólo) intelectual entre liberalismo y comunitarismo focalizado en la redefinición de la relación individuo-colectividad y público-privado, debate alimentado tanto por las luchas protagonizadas por aquellos como por las transformaciones culturales codificadas por el posmodernismo.

Hablar de repertorios de protesta o tradiciones de lucha supone que la acción colectiva no es inventada cada vez sino que se transmite culturalmente como los rituales y fiestas cívicas o que "Las convenciones aprendidas de la acción colectiva forman parte de la cultura pública de la sociedad."³ y por ende están siempre disponibles para guiar nuevas acciones colectivas dentro de una sociedad dada, como "repertorios de confrontación" – petición, huelga, manifestación, barricada, insurrección urbana entre los modernos; apropiación de grano, charivari, motín antiseñorial entre los tradicionales– habituales y predecibles tanto para los participantes como para las autoridades. La transición de un tipo de repertorio de protesta a otros sería consecuencia de las transformaciones del Estado y el surgimiento del capitalismo (aglomeraciones urbanas, desarrollo de las comunicaciones, etc.), que alteran profundamente el contexto de oportunidades e incentivos a la movilización al constituir espacios nacionales que posibilitan la emergencia de movimientos generalizados y autónomos o no patrocinados (como los anteriores): "En vez de apelar a los patrones, la acción colectiva se organizaba en lugares públicos, donde los descontentos podían dirigir su artillería hacia las sedes del poder, difundiendo programas, consignas y símbolos de pertenencia al grupo. Los cuerpos y comunidades constituidos del pasado fueron sustituidos por intereses especiales y asociaciones con nombre."⁴ El carácter general, indirecto y flexible del nuevo repertorio que podía difundirse más allá del ámbito local, adaptarse a situaciones diferentes y combinar sus elementos en grandes campañas de acción colectiva que implicaban a personas que no se conocían directamente

INGLEHART, Ronald "Valores, ideología y movilización cognitiva en los nuevos movimientos sociales." en DALTON, Russell y KUECHLER, Manfred (eds.) *Los nuevos movimientos sociales: un reto al orden político*. Edicions Alfons el Magnànim, Valencia, 1992[1988].

³ TARROW, Sidney *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Alianza, Madrid, 1997. [Ed. orig. *Power in Movement*. Cambridge U.P. Londres, 1994] p.50.

⁴ TARROW, Sidney, op. cit, p.67.

permitió la emergencia de movimientos nacionales, es decir, movimientos para los que el Estado nacional será el principal referente aun cuando aspiren a un status internacional. En este horizonte se sitúan todavía los “nuevos” movimientos sociales.

En este sentido, y por lo que respecta a esa utilización creciente de formas de acción política no convencionales ni institucionales que privilegian la participación ciudadana, creemos que ello puede percibirse como novedoso sólo contra el trasfondo del período abierto con la segunda posguerra que, situado en la larga duración de la modernidad política, aparece como atípico: en efecto, a la luz de la concepción arriba esbozada de los “repertorios de protesta” modernos, los “nuevos” movimientos sociales no hacen más que reactivarlos en coyunturas diversas pero aun dentro de un paisaje reconociblemente “moderno”. Por ende rechazamos tanto la sucesión de paradigmas excluyentes de Offe, para quien se habría dado una “profundización de la zanja” entre ambos en los años setenta, como el enfoque de estos paradigmas en términos de complementariedad o “repertorio ampliado” de acción ciudadana que supone una adición a un repertorio previo identificado igualmente con la política institucionalizada de partidos y grupos de interés, cuando en realidad ambos “paradigmas” nacieron y evolucionaron juntos.

Esta continuidad en los movimientos sociales modernos nos permite rechazar también la tesis, defendida por Inglehart, de la diferencia fundamental entre “viejos” y “nuevos” movimientos sociales basadas en los valores que expresarían. En efecto, resulta sumamente discutible el supuesto de que el movimiento obrero que aparece como el paradigma de los “viejos movimientos sociales” fuese portador de unos valores homogéneamente “materialistas” por más que su institucionalización bajo la forma de sindicatos y partidos socialistas o comunistas occidentales apuntase en esa dirección. Su cooptación bajo el Estado de bienestar es un fenómeno demasiado reciente como para erigirlo en “paradigma”, ni debe olvidarse que incluso las más puntuales reivindicaciones económicas estaban (¿lo están aún?) indisolublemente ligadas a la búsqueda de una identidad obrera y al reconocimiento público de su “dignidad”. Por otro lado, aún de confiar en las encuestas citadas por Inglehart sobre el crecimiento de los sectores que adhieren a valores postmaterialistas en los países más desarrollados de Europa, no puede perderse de vista que —como sostiene Dahrendorf— las cuestiones “materialistas” del crecimiento, la ocupación laboral y el bienestar constituyen todavía el “estado de ánimo dominante” evidenciando la continuidad del “conflicto social moderno” (basado en el antagonismo entre riqueza y ciudadanía o, en sus términos, entre provisiones y titularidades) desde el S XVIII al presente.⁵ El movimiento obrero “materialista” y los movimientos ecologistas, feministas y homosexuales “postmaterialistas” (así como los “étnicos”) comparten entonces mucho más de lo que los separa, derivando sus diferencias no de los valores que encarnarían sino de la temprana institucionalización del primero que le apartaría gradual

⁵ DAHRENDORF, Ralph *El conflicto social moderno. Ensayo sobre la política de la libertad*. Mondadori, Barcelona, 1990. p. 13.

aunque no definitivamente (piénsese en la participación obrera en el “Mayo Francés”) de reivindicaciones más amplias y de la participación de masas para anclarlo en la demanda de mejoras acotadas en las condiciones de empleo, institucionalización contra la que intentan prevenirse los nuevos movimientos sociales pero que parece ser consustancial al logro del éxito aún cuando limite su alcance.

Las políticas de la identidad asumidas por feministas y homosexuales (como las de las “minorías” raciales o culturales) se nos aparecen como estrategias orientadas a escapar a las identidades rígidamente impuestas por las sociedades a través de la apelación a la acción liberadora del Estado, traducida en medidas legislativas y judiciales antidiscriminatorias y/o en el reconocimiento de derechos específicos a las “minorías”. De ser esto cierto, la amplia movilización que rompe con las prácticas institucionalizadas de representación de intereses (al no servir ya a los suyos) se atiene sin embargo al “viejo paradigma” de la política de Offe al apelar a la intervención mediadora del Estado en una sociedad civil en la que se localiza la fuente de opresión fundamental (hombres-mujeres, heterosexuales-homosexuales, etc.): la “politización” de temas considerados tradicionalmente privados como las relaciones de géneros, la sexualidad y la estructura familiar a través de una estrategia participativa que hace de la movilización masiva su principal arma no excluye pues el accionar estatal, sino que la ampliación de éste a las nuevas esferas redefinidas como políticas constituye un objetivo fundamental de tales movimientos a la vez que la condición de posibilidad de su rechazo a la propia organización formal-institucional.

Esta centralidad conferida a la relación entre los “nuevos” movimientos sociales y el Estado puede repugnar a quienes gustan pensar a aquellos como extrainstitucionales o “alternativos”, sin compromiso alguno con una institución que aparecería como clara defensora del statu quo. Olvidan sin embargo que tal defensa es encarnada en primer lugar por el sentido común o dóxa difuso en el campo social como sentido práctico prediscursivo e inconsciente que señala a cada uno su lugar y sanciona (incluso psicológicamente) su transgresión. El Estado, en cuanto también “detentador del monopolio de la violencia simbólica legítima”⁶ suele intervenir sólo cuando aquella es impugnada seriamente para “poner un límite a la lucha simbólica de todos contra todos” afirmando explícitamente una ortodoxia: “La acción propiamente política de legitimación se ejerce siempre a partir de este logro fundamental que es la adhesión al mundo tal como es, y la labor de los guardianes del orden simbólico, que van de la mano con el sentido común, consiste en tratar de restaurar, en el modo explícito de la orto-doxia, las evidencias primitivas de la doxa.”⁷ Que este rol no es en modo alguno secundario se evidencia en que le convierte “en

⁶ BOURDIEU, Pierre *Meditaciones pascalianas*. Anagrama, Barcelona, 1999. [*Méditations pascaliennes*, Éditions du Seuil, París, 1997.] p.244.

⁷ *Ibíd.*, p.246.

una de las mayores apuestas en la lucha por el poder simbólico”⁸ en la medida en que “es, por antonomasia, el espacio de la imposición del nómos, como principio oficial y eficiente de elaboración del mundo” que transforma performativamente lo fáctico y contingente en oficial, reconocido y público mediante el veredicto, “ejercicio legítimo del poder de decir lo que es y hacer existir lo que enuncia”.⁹

Se comprende entonces que esta centralidad en las luchas simbólicas del Estado no pueda ser ignorada ni abandonada sin más por los “nuevos” movimientos sociales a los intereses conservadores que ya poseen a su favor la inercia del sentido común; aquellos apuntarán, en cambio, a negociar la ortodoxia de manera de beneficiarse de ese reconocimiento público: no es casual que las movilizaciones masivas y/o la “acción afirmativa”, en las que se actualiza la existencia de grupos hasta entonces más virtuales que reales, suelen tener por destinatario favorito a alguna de las diversas ramas de la administración pública...¹⁰ No en vano los neoconservadores les sitúan entre sus enemigos junto a los viejos defensores sindicales y socialistas del “bienestarismo” en su ofensiva contra toda intervención estatal en una “esfera privada” sacralizada ahora como “comunidad”; pero incluso esta supuesta “rebelión contra el Estado” de “la América profunda” (blanca, de clase media y localizada en los estados del sudoeste) no desdeñará el control sobre los aparatos del Estado a fin de bloquear las leyes favorables a las minorías...¹¹

Si para Offe la definición de lo político y lo no político supondría un consenso estable más que ser el resultado contingente de las relaciones de fuerza en que se inscriben de manera que “En cualquier política dada hay siempre un marco valorativo compartido relativamente estable y relativamente dominante por medio del que los intereses se reconocen como tales” o “... una configuración ‘hegemónica’ de los temas que, en general, se

⁸ *Ibíd.*, p.245.

⁹ *Ibíd.*, p.245.

¹⁰ Ello cuando no apunta directamente a participar en ella; a la referencia obligada al Partido Verde alemán cabe agregar a nivel local la exitosa política de ocupación del gobierno municipal por el movimiento gay de San Francisco desde los años sesenta a través de un control del espacio urbano que, si apuntaba inicialmente a la autodeterminación (“territorio gay”), no podía dejar de incidir en la política electoral, impacto que no sería desaprovechado por el movimiento gay pese a su comprensible desconfianza respecto a aquella. Al respecto ver CASTELLS, Manuel “Identidad cultural, liberación sexual y estructura urbana: la Comunidad Gay de San Francisco.” en *La ciudad y las masas. Sociología de los movimientos sociales urbanos*. Alianza ed., Madrid, 1986.

¹¹ Para una visión panorámica de los inicios de esa “revolución” puede consultarse SORMAN, Guy *La revolución conservadora americana*. Folio, Barcelona, 1985. [*La Révolution Conservatrice Américaine*. Fayard, París, 1983]. Esta “mayoría moral” que alimenta el ala más conservadora del comunitarismo ha estado detrás de las leyes antiaborto (antifeministas) tanto como del bloqueo –en nombre del “Canon” o la educación patriótica– a los proyectos de modificación de los planes de estudios en un sentido menos etnocéntrico demandado por las minorías culturales.

considera que merecen tener prioridad y ser tratados como centrales, y respecto a los que se mide ante todo el éxito y el progreso político, mientras que otros quedan marginados o se consideran como completamente 'extraños' a la política."¹², este supuesto le impide comprender plenamente la dinámica de los movimientos sociales contemporáneos más que como disolución del "paradigma viejo". Por el contrario, sostendremos que la lucha simbólica por la redefinición de "lo político" constituye más bien un momento decisivo en las luchas sociales contemporáneas en cuanto parte de una "política de la percepción" orientada a "mantener o subvertir el orden de las cosas transformando o conservando las categorías mediante las cuales es percibido, mediante las palabras con las que se expresa [...], los esquemas de percepción y evaluación del mundo social, los principios de división que, en un momento dado del tiempo, determinan la visión del mundo (rico/pobre, blanco/negro, nacional/extranjero, etc.)"¹³

En este marco, el significado de "lo político" se nos aparece como la apuesta fundamental al legitimar o deslegitimar las acciones colectivas emancipatorias emprendidas por los diversos actores a los que se ha caracterizado como nuevos movimientos sociales y que, más allá de sus diferencias, coinciden en la búsqueda de una "sociedad mínima"¹⁴ presionando para ello al Estado a ampliar sus esferas de acción... En efecto, si para las

¹² OFFE, Claus op. cit., p.169.

¹³ BOURDIEU, Pierre op. cit. p. 244 Ello se basa en el supuesto de que "El mundo social es, pues, fruto y apuesta, a la vez, de luchas simbólicas, inseparablemente cognitivas y políticas, por el conocimiento y el reconocimiento, en las que cada cual persigue no sólo la imposición de una representación ventajosa de sí mismo, como las estrategias de 'presentación de sí mismo' tan espléndidamente analizadas por Goffman, sino también el poder de imponer como legítimos los principios de la elaboración de la realidad social más favorables a su ser social (individual y colectivo, con las luchas acerca de los límites de los grupos, por ejemplo), así como a la acumulación de un capital simbólico de reconocimiento." (Ibid., p.256)

¹⁴ Parafraseamos aquí el concepto de "estado mínimo" propio del liberalismo orientado a la defensa y expansión de los derechos individuales por medio de la sociedad civil frente al gobierno concebido como ámbito de coacción, incluso en una sociedad democrática en que presuntamente aquél es agente de la "soberanía del pueblo"; "sociedad mínima" alude al fenómeno contrario en que es necesario para las "minorías" apelar al Estado para superar los perjuicios derivados de la *coacción social* o el *disciplinamiento*. A quienes gustan de situar los nuevos movimientos sociales como una suerte de "sociedad contra el Estado" se les puede señalar que en cualquier lucha equivocar el enemigo suele ser desastroso. Al respecto, resulta instructiva la crítica de Walzer al menosprecio foucaultiano del Estado, diluido en el poder 'capilar' de unas 'sociedades disciplinarias' contra las que apenas si habría posibilidad de resistencia. Para el autor anglosajón, por el contrario, el Estado resulta una baza primordial para aquella "Porque es el Estado el que establece el sistema general dentro del que operan todas las otras instituciones disciplinarias. Es el Estado el que abre o cierra radicalmente la posibilidad de la resistencia local. (...) Cada acto de resistencia local es una apelación a la intervención política o legal

“políticas de reconocimiento” el enemigo se localiza en el control social de identidades y prácticas (con las consiguientes opresión y discriminación), más que en “la imposición política y burocrática de un cierto tipo de orden ‘racional’”¹⁵, la politización de aquellas será un momento necesario de su privatización: incrementando el ámbito de los derechos individuales a costa no ya del Estado sino de la sociedad civil y su “tiranía de la opinión” que el liberalismo habría subestimado inmediatamente después de enunciarla.¹⁶ Así, instrumentarían la vieja temática liberal de los derechos individuales y la tolerancia en una estrategia en la que aquellos no pueden ser el punto de partida sino el de llegada; entre ambos se sitúan las más activas demandas de reconocimiento a su diferencia...

La emergencia en los años ochenta de una extensa literatura filosófico-política que no puede situarse fácilmente en el continuo tradicional izquierda-derecha y que ha sido bautizada más o menos adecuadamente como “comunitarismo”, puede entenderse en este contexto como reacción a ese liberalismo intervencionista apoyado por igual por los movimientos sociales nuevos y viejos. Al concebir la sociedad civil ya no como asociación libre de individuos egoístas orientados por sus propios intereses y sólo limitados por la ley y la justicia distributiva del Estado, sino como comunidad orgánica heredera de una tradición que transmite generacionalmente al conjunto de los “yos situados” que la componen y cuyos derechos individuales sólo pueden definirse en conformidad con sus normas locales, los comunitaristas socavan las bases liberales (e iluministas) de los reclamos sociales de reconocimiento estatal de derechos individuales precedentes al contrato social, al tiempo que dotan de (¿nueva?) legitimidad al disciplinamiento social y el control de la diferencia, al suponer incorrectamente la coincidencia de esta comunidad orgánica con los límites del Estado-nación, ignorando la pluralidad de “comunidades” a las que se suele pertenecer en las sociedades complejas.¹⁷ Al identificar pertenencia a una “comunidad”

desde el centro.” [p. 77] Por ello, renunciar al Estado implica la rendición a la lógica de la sociedad disciplinaria autonomizada de todo control humano por imperfecto que sea... WALZER, Michel, “La política de Michel Foucault.” En COUZENZ HOY, David (comp.) *Foucault*, Nueva Visión, Bs.As., 1988.

¹⁵ OFFE, Claus op. cit., p.186. Para este autor el principal enemigo de los nuevos movimientos sociales es la burocracia planificadora del Estado de bienestar lo cual es deducido de la primacía de los valores de autogobierno y descentralización expresados en la ausencia de organización formal en los “nuevos” movimientos sociales. Creemos que ambas cosas deben distinguirse y que sin perjuicio de la reivindicación de autonomía y descentralización organizativa tales movimientos no intentan discutir el Estado de bienestar sino utilizarlo en su propio beneficio contra el orden ‘irracional’ (en el sentido de tradicional) que la sociedad pretende mantener y/o restaurar.

¹⁶ Incluso en el caso de su más lúcido representante –J.S. Mill–, como sostiene WOLIN, Sheldon *Política y perspectiva*, Amorrortu, Bs.As., 1993, p. 374. [Ed. orig. *Politics and Vision. Continuity and Innovation in Western Political Thought*, Little, Brown and Co., Boston, 1960]

¹⁷ Error señalado por ROSENBLUM, Nancy (dir.) *El liberalismo y la vida moral*, Nueva Visión, Bs.As., 1993, pág.18, [Ed. orig. *Liberalism and the Moral Life*, Harvard U.P., Boston, 1991]

nacional –la ciudadanía– con conformidad a “lo que nosotros hacemos”¹⁸ cualquier “desviación” (sexual, religiosa, etc.) implicará automáticamente la exclusión o excomunión... Que los excomulgados puedan aún ser ciudadanos de pleno derecho es algo cada vez menos evidente.

Esta relación entre los “nuevos” movimientos sociales y el comunitarismo y/o neoconservadurismo es ignorada por el enfoque que venimos discutiendo. Así, por ejemplo, la tesis tan difundida en el ámbito de la sociología política y la politología germana –defendida aún por Offe– de que los nuevos movimientos sociales escapan a la dicotomía liberal de lo público y lo privado situándose en un espacio “intermedio”, hace agua tan pronto se la examina a la luz de la teoría habermasiana de la esfera pública justamente como espacio político (pero no estatal) mediador entre la sociedad civil burguesa y el Estado, consustancial al desarrollo de la democracia liberal en lugar de aparecer como una amenaza tardía contra ella.¹⁹ El error de Offe consiste en la reducción de lo “público” a lo Estatal, con lo que despolitiza efectivamente a la sociedad para luego sorprenderse de su “repolitización”²⁰, error derivado de su (auto)restricción a una coyuntura en la que el desarrollo paralelo de tecnoburocracia y sociedad de masas parecía efectivamente haber logrado esa despolitización que, de situarse en la larga duración de la democracia liberal,

quien reivindica la noción de pluralismo como consustancial a la democracia liberal. Sobre el “debate liberal-comunitario” pueden consultarse además, TAYLOR, Charles y otros *El multiculturalismo y “la política del reconocimiento”*, F.C.E., México, 1993. [Ed. orig. *Multiculturalism and ‘The Politics of Recognition’*. Princeton U.P., Princeton, 1992], RORTY, Richard “La contingencia de una comunidad liberal” en *Contingencia, ironía y solidaridad*. Paidós, Bs.As., 1991. [Ed. orig. *Contingency, irony and solidarity*, Cambridge U.P., New York, 1989.], NUSSBAUM, Martha y otros *Los límites del patriotismo. Identidad, pertenencia y “ciudadanía mundial”*. Paidós, Barcelona, 1999. [Selec. de la ed. orig., *For Love of Country*. Beacon Press, Boston, 1996.] y KYMLICKA, Will *Ciudadanía multicultural. Una teoría liberal de los derechos de las minorías*. Paidós, Barcelona, 1996. [Ed. orig. *Multicultural citizenship. A liberal theory of minority rights*, Clarendon Press, Oxford, 1995.]

¹⁸ Como hace RORTY, Richard op. cit., p. 78. quien señala que, como actuar moralmente es simplemente ser “uno de nosotros”, la repetición de actos “inmorales” –es decir, que “nosotros no hacemos”– implica dejar de serlo...

¹⁹ Esta concepción fue formulada por HABERMAS, Jürgen *Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública*, Gustavo Gili, Barcelona, 1981 [Ed. orig. *Strukturwandel der Öffentlichkeit. Untersuchungen zu einer Kategorie der bürgerlichen Gesellschaft*, Darmstadt, 1962.] que curiosamente Offe cita pero que no parece haber influido en su perspectiva institucionalista...

²⁰ Para OFFE, Claus op. cit., los nuevos movimientos sociales intentarían politizar la sociedad civil reconstituyéndola de manera independiente a la intervención estatal... al poner en primer plano “Las exigencias políticas y los conflictos políticos relacionados con cuestiones que se solían considerar temas morales (p.e., el aborto) o temas económicos (p.e., la humanización del trabajo) más que estrictamente políticos.” (p.164)

aparecería como desviación y, quizás, como la verdadera amenaza a aquélla, al reducirla a una "libertad negativa" que se ha mostrado sumamente vulnerable ante la prédica comunitarista. La igualdad concebida como iguales derechos ante la ley del liberalismo y retomada por los nuevos movimientos sociales como derecho a la diferencia y/o defensa (activa) contra la discriminación es respondida por los comunitaristas con una resemantización del concepto de "igualdad" como identidad cultural compartida o consenso sustancial sobre valores o una concepción de la "vida buena" que, de aplicarse, excluiría de la comunidad a todos aquellos que se "desviarán" de tal consenso, fácilmente identificable con una "mayoría moral" (previsiblemente masculina, blanca, anglosajona, heterosexual y protestante...), legitimada por su peso electoral. Por ello, si los nuevos movimientos sociales (como antes los "viejos") deben buscar la ampliación de los derechos civiles a través del pleno ejercicio de los políticos, esto último no puede reducirse a una práctica electoral que no haría más que confirmar su carácter minoritario; la política no convencional es tanto una necesidad estratégica como una tradición de acción política que no remite tanto a la "democracia antigua" como al "repertorio de protesta" propio de la modernidad, siempre disponible para nuevas causas.

Al considerar las formas organizativas de "viejos" y "nuevos" movimientos sociales, los autores tienden a contrastar dos modelos ideales caracterizados respectivamente por la centralización burocrática y la descentralización autonómica. En el primer caso nos encontraríamos ante instituciones que asumen la lógica de funcionamiento racional de toda organización moderna (pública o privada) dotándose de personal profesional con capacidad de decisión e imposición a las bases y, por ende, de negociación con el Estado y otras organizaciones similares de la sociedad civil. En el segundo, ante alianzas temporarias e inestables de "participantes, campañas, gente que toma la palabra, redes, ayudantes voluntarios y donaciones"²¹ incapaces de establecer negociaciones al no contar con dirigentes con poder para imponerlas a aquellos que representan. Si esta imagen puede ser considerada a grandes rasgos como correcta, no debe olvidarse la acentuada asincronía entre ambos tipos de movimientos; mientras que el movimiento obrero institucionalizado y burocrático de la segunda posguerra es fruto de un proceso secular jalonado de luchas muchas veces espontáneas y sangrientas, la mayor parte de los "nuevos" movimientos carecen de similar profundidad histórica por lo que resulta arriesgado adjudicar a su "naturaleza" o estructura lo que bien podría ser evidencia de su juventud (de su emergencia más o menos reciente que no implica necesariamente "inmadurez"). Casos como el del Partido Verde alemán parecen indicar que, a pesar de ella, los nuevos movimientos sociales no escapan a la tendencia de la modernidad (ineludible, de acuerdo a la profecía weberiana) a la "rutinización del carisma" o, en otros términos, a la burocratización e institucionalización.

²¹ OFFE, Claus op. cit., p. 178.

Por lo que respecta a la base social respectiva de los “viejos” y “nuevos” movimientos sociales, no puede dejar de reconocerse una diferencia más sustancial que las anteriores, la cual derivaría de las transformaciones económicas, sociales y culturales estimuladas por el proceso de modernización capitalista desde la sociedad industrial del siglo XIX y la primera mitad del XX a la sociedad posindustrial de la segunda mitad del presente siglo.²² En efecto, de acuerdo con Offe, si los “viejos” movimientos sociales habían reclutado sus integrantes sobre la base de la pertenencia de clase que en la sociedad industrial resultaba fundamental para la conformación de las identidades, los “nuevos” deberán hacerlo entre los sectores medios y marginales al mercado surgidos de la sociedad posindustrial más móvil que difícilmente pueden encuadrarse en términos de clase ni reconocerse como tal.²³ Este hecho estructural explicaría para Offe la preeminencia de las políticas de identidad étnica, de género, racial, religiosa o sexual, así como las identificaciones universalistas propias de los ecologistas, porque “cuanto mayor es la experiencia de contingencia, incertidumbre y movilidad (a menudo involuntaria e impredecible), mayor es la propensión a escoger parámetros ‘permanentes’ de la identidad social [...] como focos de gestación de empeños políticos y de acción colectiva.”²⁴

²² El concepto de sociedad posindustrial fue acuñado por BELL, Daniel en *El advenimiento de la sociedad postindustrial*. Alianza, Madrid, ed. [Ed. orig. *The Coming of Post-Industrial Society*, 1973] para aludir a aquellas en que, como los EE.UU. (en los que basa su análisis), la producción industrial se ha visto desplazada por los servicios como principal fuente de creación de riqueza y empleo. Su obra posterior *Las contradicciones culturales del capitalismo*, Alianza ed./CONCA, México, s/f. [Ed. orig. *The Cultural Contradictions of Capitalism*, 1976.] complementó esa tesis con la del desplazamiento de la cultura puritana del trabajo y el ahorro sobre la que se edificó el capitalismo por una nueva cultura hedonista disfuncional a aquél, visión que subyace a la concepción de los “valores posmaterialistas” desarrollada simultáneamente por INGLEHART, Ronald *The Silent Revolution: Changing Values and Politics Styles Among the Western Publics*, Princeton U.P Princeton, 1977.

²³ El creciente porcentaje poblacional de los países más desarrollados que escapan al mercado laboral ya sea por el alto índice de jóvenes y jubilados (20% para cada categoría) o por el desempleo estructural (un 10%), más allá de las visiones alarmistas, ha erosionado la capacidad del “mundo del trabajo” para la constitución de identidades sociales: asistimos quizás a una “sociedad poslaboral”. Las cifras proceden de DAHRENDORF, Ralph op. cit., p. 174.

²⁴ OFFE, Claus op. cit, p.183. En esta tendencia no puede dejar de mencionarse la obra fundacional de BARTH, Frederik (ed.) *Los grupos étnicos y sus fronteras*, F.C.E., México, 1976. [Ed. orig. *Ethnic Groups and Boundaries. The Social Organization of Culture Difference*. Universitetsforlaget, Oslo, 1969.] para la Antropología, mientras que NAGEL, Joane “La persistencia de la etnicidad. Aspectos nacionales e internacionales de los movimientos étnicos modernos.” en PEREZ-AGOTE, A. (ed.) *Sociología del Nacionalismo*. Universidad del País Vasco, Bilbao, s/f. y NAGEL, Joane y OLZAK, Susan “Movilización étnica en los nuevos y en los viejos Estados.” En *Zona Abierta*, n°79, 1997, desde la politología aplican a aquellos la teoría de movilización de recursos.

Hasta qué punto sean efectivamente más “permanentes” esos parámetros étnicos de identificación que los proporcionados anteriormente por la inserción en la estructura de clases industrial es algo sujeto a debate en la abundante literatura antropológica, sociológica y politológica acerca de la etnicidad que ha tendido a acentuar los factores estratégicos y situacionales de las identificaciones étnicas (y/o nacionales) y a ver a las etnias (y/o naciones) menos como entidades sustanciales o actores colectivos compactos que como “comunidades imaginadas”. Pero aún si se revela como mera ilusión colectiva o recurso retórico, esa pretendida solidez de las “nuevas” identificaciones poseen un valor de síntoma de unas condiciones en que “todo lo sólido se desvanece en el aire”.

De ser esto cierto, la “contingencia, incertidumbre y movilidad” adicionales introducidas por la crisis del Estado de bienestar podría contribuir a erosionar ese sentimiento de seguridad que según Inglehart subyacía a los valores y las prácticas de los nuevos movimientos sociales; en el mismo momento en que la amenaza de guerra nuclear global se disipa con el fin de la guerra fría surgen nuevas amenazas como la marginación de sectores crecientes de la población y la violencia étnica y racial, lo que en el contexto de la crisis de legitimidad de las instituciones políticas y sindicales tradicionales, así como del mismo Estado de bienestar, diagnosticada ya en los años setenta²⁵, puede generar tanto un retroceso (por el retorno de valores materialistas al primer plano) como una mayor expansión de los nuevos movimientos sociales, especialmente en su variante étnica, como forma de expresión de un descontento tanto espiritual como material con las condiciones de existencia que, si ya no puede expresarse en términos de clase, no por ello resulta menos apremiante.

Esta creciente importancia de los denominados “movimientos étnicos” entre los presuntos “nuevos” movimientos sociales no fue reconocida por la bibliografía de los años ochenta sobre los últimos, como se evidencia en los autores revisados cuyos ejemplos provienen todos del feminismo, el ecologismo, los movimientos homosexuales, etc. Con la caída del “socialismo real” y la crisis general de la izquierda, incluida aquella “nueva izquierda” que sirvió de referente en los sesenta y setenta para aquellos, adquirieron nueva visibilidad una serie de conflictos anteriormente ensombrecidos, no tanto por el incremento objetivo de los grupos de inmigrantes temporarios o permanentes en los países más desarrollados, sino porque –al menos en las condiciones posindustriales– las categorías étnico-religiosas “...han sido bases más fiables, de cara a la organización de los movimientos, que la clase social.”²⁶ La oleada de movimientos étnicos y/o nacionalistas de la década de 1990 con su alto nivel de violencia plantea en forma cada vez más acuciante la

²⁵ HABERMAS, Jürgen *Problemas de legitimación en el capitalismo tardío*, Bs.As., Amorrortu, 1989. [Ed. orig. *Legitimationsprobleme im Spätkapitalismus*, Frankfurt, Suhrkamp Verlag, 1973]. y OFFE, Claus *Contradicciones del Estado de bienestar*, Alianza/CONCA, México, 1991. [ed. orig. *Contradictions of the Welfare State* Hutchinson, Londres,]

²⁶ TARROW, Sidney op. cit., p. 24.

cuestión de si podrán ser institucionalizados como anteriores movimientos "...o si han roto los diques de la convención, la acción colectiva y la política popular, sentando las bases de una sociedad del movimiento en la que los conflictos disruptivos, incluso catastróficos, pasarán a ser algo cotidiano para buena parte de la población del mundo."²⁷ A la luz de lo que venimos sosteniendo, la espectacularidad y virulencia de aquellos no garantiza necesariamente que escapen a la dialéctica entre ruptura e institucionalización a la que debieron someterse anteriores movimientos.

Más fundamentalmente, tales características no deben hacer perder de vista la continuidad de estos movimientos con aquellos otros que han aparecido como más "típicos" de nuestra modernidad. En sociedades donde el trabajo es cada vez más un bien escaso²⁸ pero en las cuales las clases ya no pueden constituir el fundamento de las acciones colectivas, las reivindicaciones "materiales" (como el empleo, o la asistencia social) no ceden su lugar a las "simbólicas" (como las identitarias) sino que se articulan con ellas de manera tal que las políticas de identidad –sobre todo en casos en que la discriminación funciona también como mecanismo de exclusión de "provisiones"– aparecen como estrategia alternativa a la política de clases en procura de los mismos bienes. Esto no implica desconocer la importancia que para los integrantes de los "nuevos" movimientos posee el mero reconocimiento de las diferencias que representan, incluso en términos de autoestima²⁹, sino comprender que la identidad del yo se encuentra también amenazada por la exclusión tanto del mundo del trabajo como del consumo de materialidades significantes. Por ello, las reivindicaciones de aquellos pueden conceptualizarse en términos de unos derechos culturales que no son negación sino culminación (y en ocasiones condición de posibilidad) de las conquistas modernas de derechos civiles, políticos y sociales enunciados por Marshall; si en la perspectiva de la larga duración de la modernidad política esta secuencia es esencialmente correcta, en algunos casos como los de las minorías étnicas puede alterarse: los derechos culturales pueden convertirse en prerrequisitos de la vigencia efectiva de los derechos civiles muchas veces conculcados por la discriminación.

Para finalizar, creemos que el conjunto de estos derechos y las luchas que los hicieron posibles, encarnados tanto en instituciones como en narrativas, constituyen una tradición política que vale la pena continuar aún si no puede fundarse ya –posmodernismo mediante– en los términos universalistas de unos derechos naturales anteriores a todo contrato

²⁷ TARROW, Sidney op. cit., p.28.

²⁸ DAHRENDORF, Ralph op. cit., p.176

²⁹ Dado que la estigmatización basada en rasgos raciales, étnicos, sexuales, etc., puede tener efectos tan devastadores en la psicología individual como la analizada por GOFFMAN, Erving *Estigma. La identidad deteriorada*. Amorrortu, Bs.As., 1989. [Ed. orig. *Stigma. Notes on the Management of Spoiled Identity*. Prentice Hall, New York, 1963.] para los casos derivados de "defectos" corporales, así como dar lugar a similares "alienaciones grupales" que refuerzan la adscripción a un determinado colectivo (los no-videntes o los "pakis") naturalizándola.

social y a toda comunidad política concreta, como sugiere la crítica comunitarista del liberalismo; la aceptación de que los cuatro derechos enunciados sólo pueden realizarse en el interior de comunidades específicas no avala necesariamente la pretensión de algunos comunitaristas de que deben abandonarse los últimos dos para preservar mejor los primeros.